

— ¿Abuelo, me puedo llevar esta piedra a casa?

Tras esa tierna e inocente pregunta, estaba la pequeña y enjuta figura de un niño de apenas cinco años tocado con el don de la inquietud y curiosidad, mientras paseaba de la mano de su abuelo por la orilla de la playa. Abuelo y nietos solían ir a la playa juntos, y juntos daban largos paseos por la orilla, unas veces a petición del niño, la mayoría, y otras por deseo de su prima Lucia, algo menor que el, pero igualmente inquieta y de mente despierta, ambos con su incansable vitalidad y ganas de nuevos conocimientos eran incapaces de permanecer quietos en ningún momento y solían llevar al pacífico abuelo hasta el agotamiento, este último lo sobrellevaba con una vitalidad y entusiasmo impropios de su edad, ya que pocas cosas había en este mundo que lo ilusionasen como el estar con ellos.

— Mira Pablo, mejor déjala donde estaba —dijo el abuelo y mirando ahora a su nieta, prosiguió—, atenta Lucia que os voy a contar una historia sobre las piedrecitas y la arena, para que comprendáis que no debemos mover nada de su sitio, si no es realmente necesario.

La cara de los niños se iluminó con una sonrisa de avidez, su capacidad para absorber conocimientos se iba agrandando día a día y empezaban a ser conscientes de que no podían dejar escapar cualquier oportunidad para aprender algo nuevo, sobre todo si venía de su abuelo a quien preguntaban sin medida todo cuanto pensaban que él les podía aclarar.

— Pues veréis, en el planeta casa cosa, cada objeto, cada animal y cada planta tiene su sitio asignado por diversos motivos y, aunque pueda parecer que no hay un orden para que las cosas estén donde están, os puedo asegurar que el más mínimo movimiento de cualquiera de ellos puede modificar nuestro entorno de forma considerable.

El abuelo miraba de soslayo a sus nietos en busca de algún gesto en sus rostros que le hiciese ver que los niños se estaban enterando de lo que él les iba contando; como en otras ocasiones, le sorprendió la concentración que demostraban y el interés que reflejaban a través de sus grandes ojos, los cuales apenas si los hacían pestañear cuando estaban interesados en algo.

— Pero — dijo ahora la pequeña —, entonces si nos llevamos una piedra ¿se puede destrozar la playa entera?

La sonrisa del abuelo era mitad satisfacción y mitad incredulidad, aquellos adorados pequeñajos estaban comprendiendo lo que él les explicaba y con mayor facilidad que muchos adultos de los que en aquel momento los rodeaban y que con diversas acciones, estaba claro que no eran responsables de las consecuencias de sus actos.

Se fijó en una señora que, con un exquisito y sofisticado bañador, estaba sentada en un cómodo silloncito de playa mientras fumaba un cigarrillo, tanto la ceniza del mismo, como la colilla, cuando terminó de fumar, fueron a parar a la arena y seguramente terminarían en el mar, si antes los operarios de limpieza, con una maquinaria costosa y pesada no eran capaces de limpiar este y otros objetos desperdigados por la playa, que nunca deberían haber terminado allí; también pudo comprobar como en una reunión cercana de un grupo familiar hacían un agujero en la arena, para depositar en él parte de los residuos que habían producido durante su estancia y que posiblemente tendrían el mismo final.

Pero volviendo a la conversación entre abuelo y nietos, los niños esperaban expectantes la respuesta de su abuelo, que parecía que se había distraído un poco, cuando en realidad estaba haciendo acopio de información para tratar de explicárselo de la forma más sencilla y sensata posible, y que ellos lo entendieran sin dificultad, cosa que no siempre le resultaba fácil.

— La verdad es que si Lucia, por pequeño e insignificante que te pueda parecer cualquier objeto, cada uno cumple su función. Mira esta piedrecita, por si sola puede que no haga nada, pero ella es la encargada de retener un poco de arena para que no se vaya al fondo del mar y por lo tanto hace que la playa siga existiendo.

— Por otro lado Pablo —continuó el abuelo—, ¿recuerdas esas conchitas que vamos viendo a lo largo de la orilla?, pues han pertenecido a pequeños animalitos sirviéndoles de casa mientras estaban vivos, y una vez que dejaron de estarlo, ahora también servirán para convertirse en pequeños trocitos que llegaran a ser parte de la arena que ahora vemos y pisamos.

Ahora los niños se habían quedado muy callados, con la mirada clavada en la arena de la playa y en sus caritas un gesto de incredulidad que denotaba que estaban tratando de procesar la información recibida.

— Y si en el campo no hay agua, ¿para qué sirven las piedras allí? —le preguntó Pablo al abuelo.

Acababa de hacer un razonamiento simple, pero en su aun inmadura inteligencia había sido capaz de relacionar diversos ecosistemas con una facilidad increíble, estaba claro que el tema le había atraído y que no descansaría hasta obtener todas las respuestas.

— Bien Pablo, así me gusta, que te preocupes por la función de las cosas y que sepas relacionarlas.

— Como te he dicho antes —continuó el abuelo—, cada cosa tiene su utilidad en la tierra, en el aire o en el mar, pero voy a empezar por contestarte a tu pregunta; las piedras en el campo, igual que aquí en la playa hacen de contención, allí sirven para dejar pasar el agua de la lluvia y que se alimenten los árboles y plantas y también sirven como resguardo de algunos animalitos, por ejemplo los insectos. Lucía ¿tú te acuerdas cuando alguna vez hemos levantado una piedrecita y debajo había una mariquita escondida?, eso es porque allí encuentran protección contra el calor o para impedir que las podamos pisar sin darnos cuenta.

Los niños cada vez parecían más interesados, estaban empezando a descubrir el sentido de las cosas, la compleja y profunda diversidad que tenemos en nuestro planeta y desde su inocente concepto de protección, la necesidad de mantener el medio ambiente lo menos alterado posible.

El abuelo por su parte, al ver que sus nietos seguían interesados en el tema, les intentaba trasladar, con un lenguaje lo más sencillo posible, algunos otros aspectos y situaciones en las que la tierra y el ser humano debían complementarse y respetarse, como por ejemplo, lo necesario que podían resultar los inmensos bloques de hielo que había en los polos terrestres, la dependencia que los animales y por lo tanto los humanos teníamos de las plantas para poder mantenernos vivos y sanos, la dificultad para mantener un equilibrio constante entre el mantenimiento de nuestra vida y la del resto de habitantes del planeta y así, poco a poco, mientras seguían su largo paseo por la orilla, los tuvo interesados en algo trascendente en su futuro.

Y lo más importante, que siendo en principio los únicos seres vivos con capacidad de razonar y comprender todo lo anterior, teníamos la misión de mantener que todo lo que nos rodeaba siguiese estando en orden y armonía.

Llegados a ese punto de la conversación, la pregunta de alguno de los niños parecía inevitable.

— Abuelo y entonces ¿Por qué las personas no cuidan más de todas las cosas?

Había llegado el momento de la moraleja, de trasladarles un poco de civismo, de respeto por el medioambiente y de inculcarles valores que contribuyesen a un desarrollo más sostenible del planeta.

— Pues veréis, debemos aprender, y esto hay que hacerlo desde muy pequeños, que todo lo que nos rodea está puesto ahí para ayudarnos a mantenernos vivos y sanos, que si pensamos solo en el día de hoy, quizás no tengamos suficiente en el futuro y que al igual que yo, que ya soy una persona muy mayor, y os estoy contando todo esto, vosotros debéis ir aprendiendo a respetar vuestro entorno y procurar que nadie lo dañe, porque haciendo eso estará dañando su vida en el futuro y la de sus hijos y nietos.

Los pequeños, que a su corta edad, no sabían si habían comprendido todo lo que su abuelo les acababa de explicar, no imaginaban que con aquella simple conversación durante un placentero paseo veraniego, habían recibido una gran lección que en un futuro les ayudaría a ser un poco mejor persona y unos ciudadanos comprometidos con la biodiversidad del planeta.

A día de hoy, Pablo ha terminado sus estudios, se ha convertido en un biólogo marino con una prometedora carrera, ya que sus calificaciones han sido regularmente excelentes y prometedoras; por otro lado Lucia está terminando su carrera de ingeniería ambiental, de una forma similar a la de su primo, a ella ya hay más de una universidad que la está tentando para que se integre en su estructura, y al chico le han llegado ofertas de varias empresas relacionadas con el estudio de la biodiversidad, que está valorando.

Todavía a veces pueden recordar cómo llegaron a la conclusión de que serían unos defensores a ultranza del medioambiente y su diversidad, aquellos paseos con su abuelo y aquellas conversaciones resultaron de lo más alentadoras y estimulantes, así que cuando algunos de ellos tiene un hueco en sus estudios suelen buscar entre sus más preciadas pertenencias, con gran orgullo y entusiasmo la voz de su abuelo; él les dejó en herencia algunas grabaciones que tuvieron la oportunidad de hacer a lo largo de su infancia, en estos momentos y mirando al infinito, suelen pensar.

— ¡Gracias abuelo!